

Sigan al líder

El triunfo de Obama vuelve a insuflar aires de esperanza tras una jornada electoral que dejó muchas imágenes para la historia. Catorce articulistas eligen las fotos más significativas

AFP / TIMOTHY A. CLARY



El vicepresidente Joe Biden felicita al reelegido Barack Obama, tras su esperanzador discurso en Chicago, en la madrugada del martes al miércoles.

EL ÁNGEL PROTECTOR QUE NO FALLA NUNCA

ANTONI GUTIÉRREZ-RUBÍ

El presidente ha ganado, pero esta vez no habría podido hacerlo sin Michelle Obama, sin Bill Clinton y sin Joe Biden. Cómplice, mentor y guardaespaldas, respectivamente. En el 2008, un popular pero inexperto Barack Obama necesitaba un golpe de efecto para mejorar sus puntos débiles. Joe Biden fue la solución co-

mo candidato vicepresidencial. El católico de origen irlandés, nacido en un ambiente de clase trabajadora, aportó el bagaje internacional y el conocimiento de los entresijos de Washington. Un veterano detrás de una estrella.

En estas elecciones, cuando las cosas se torcieron tras el desastroso primer debate,

Biden fue capaz de aguantar el tipo en el debate de candidatos vicepresidenciales. Su descaro, sus tablas y su ofensiva constante desarmaron -parcialmente- al ordenado y frío Paul Ryan. La desconcertante palabra «*malarkey*» (que significaría en irlandés algo así como «esto es habladuría sin sentido») se convirtió en un símbolo en las redes. Se trataba

de sorprender y lo consiguió. No ganó claramente el debate, pero devolvió el entusiasmo y la energía a las bases y a los equipos de campaña que seguían noqueados después del fracaso del presidente. Obama recuperó el ánimo.

Biden ha dejado una frase talismán y antológica en esta campaña: «Osama Bin Laden está muerto, y la General Motors está viva», en alusión a la ayuda automovilística de la Administración demócrata. El guardaespaldas no ha fallado. Ha estado detrás, protegiendo y aguantando a su jefe, según la ocasión. Es un ganador. ≡



El matrimonio Springsteen baja del 'Air Force One', en Columbus (Ohio), el día antes de las elecciones.

AFP / JEWEL SAMAD

EL JEFE CON EL PRESIDENTE

JUAN FERNÁNDEZ

Podemos adivinar fácilmente qué dirían unos viendo a Norma Duval bajando del avión que lleva a Rajoy de mitin en mitin. O qué pensarían otros oyendo a Almodóvar dando discursos en el congreso del PSOE. Ninguno de los dos tardaría un minuto en arder en las hogueras mediáticas del bando contrario. En cambio, en Estados Unidos, donde nos llevan un siglo y medio de gimnasia democrática, es costumbre que figuras destacadas del arte no solo confiesen abiertamente sus preferencias políticas, sino que se impliquen a fondo en la promoción de los candidatos sin que esto les suponga la estigmatización de quienes piensan diferente.

Este año, el pistoletazo de salida de la campaña electoral lo dio Clint Eastwood hablándole a un taburete vacío —se suponía que era el de Obama— en la convención republicana. Desde entonces, han sido legión los actores, músicos y *entertainers* en general que han arremado sus hombros en pos de la candidatura demócrata. En ese selecto club de costaleros de Obama, Bruce Springsteen ocupa una localidad preferente. Ahora y en el 2008, el Boss se ha implicado en la causa con la fe de un jefe de campaña. Ha dado recitales para pedir el voto, ha recaudado dinero con su guitarra y ha formado parte del núcleo duro de la candidatura. Hoy en los hogares republicanos se respira un ambiente triste, pero en sus altavoces sigue sonando la voz de Springsteen igual que ayer. ≡

AFP / ROBYN BECK

LA METÁFORA PLANA DE MITT

JOSEP MARIA FONALLERAS

Confieso que la primera vez que vi la foto me confundí. ¿Tan alto era Romney? ¿Y qué hacía el día de las elecciones cogido del brazo de un hombre de la India en un lugar tan alejado de Boston? No fue hasta más tarde que me di cuenta de la insostenible levedad del ser republicano. De hecho, el hombre de la India de camisa verde chicle es un operario que transporta el perfil volátil del niño que se hizo grande mientras su padre, en el jardín de su casa, le construía karts para poder recorrer la niñez rica con juguetes de niño rico. No tiene entidad corpórea, este candidato. A diferencia de lo que la gente cree, esta derrota no es una losa sino un respiro. El candidato todavía risueño —la risa de quien vende biblias como si fueran pasaportes a la felicidad— no pesa nada. Es solo la fragilidad de la chapa recortada que el hombre de la India transporta no con dos manos sino con los dedos, tan poco entusiastas, tan quisquillosos.

Esta instantánea es, en realidad, una metáfora. Romney sin volumen, Romney plano, republicano plano. Romney, que irá a parar al camión de las ilusiones perdidas. ¿Cuántos romneys sin culo se concentrarán en el almacén donde descansarán, apilados, estos trastos que no tenían cuerpo y que ahora ya no tienen sentido? ¿Hablarán entre ellos, los romneys? ¿Se guardará uno de recuerdo para jugar con los nietos en el jardín donde de pequeño circulaba con el kart? Dentro de unos días, miles de fotos como esta quemarán. De hecho, a estas alturas quizá ya quemarán. En la hoguera de las vanidades. ≡



Colegio electoral improvisado en una lavandería de Chicago, en Illinois.

¿QUIÉN VOTA EN BLANCO?

ISABEL COIXET

Las elecciones americanas son un prodigio de puesta en escena. Como si el mejor guionista del mundo, el mejor productor y el mejor director se hubieran puesto de acuerdo para hacer una de esas películas que ganan todos los Oscar, pero de las que poca gente se acuerda al cabo de un par de años. Una de esas películas donde los protago-

nistas hinchan el pecho y ponen voz profunda cuando pronuncian las palabras mágicas «God bless America» y donde hombres en mangas de camisa en un despacho lleno de pantallas salvan al mundo de algún peligro que ellos mismos han creado.

Obama ha ganado otra vez el Oscar al mejor actor, una categoría en la que no tiene rivales. Cuando le dijo en el último debate a Romney que los soldados americanos ya no comba-

tían con bayonetas y que los submarinos iban por debajo del mar en un tono próximo a *Barrio Sésamo*, los votantes decidieron a quién no querían como presidente. Pero hubiera bastado su forma de andar y su manera de aceptar los abrazos de hierro de Michelle para elegirle: Obama es el actor perfecto, una mezcla de la elegancia de George Clooney, la convicción de Denzel Washington y la vehemencia de Sean Penn. No sé si es sincero, pero como pasa con los mejores actores, eso no importa. Probablemente, las cosas irían aún peor sin él. Con él, el espectáculo de la democracia está asegurado. ≡

AFP / TIMOTHY A. CLARY



Un seguidor de Romney, derrumbado tras conocer la derrota, en Boston.

AP / MATT ROURKE

DE ESPALDAS A LA VIDA

JUAN VILLORO

El futbolista que mete un gol dispone de mil gestos para expresar su euforia. En cambio, la derrota es el imperio de los tímidos. El que pierde desea borrarse, salir de la imagen, desaparecer rumbo a la nada.

Minutos antes de que la fotografía fuera tomada, el hombre sentado padecía la taquicardia de la incertidumbre. Era un proselitista en toda regla: una credencial lo autorizaba a gritar con fervor republicano.

Ahora vemos un hombre derruido pero no hay arrugas en sus facciones ni en sus ropas. Sufre, con la impasible quietud del zombi. No parece irritado por el angustiante 1% que marcó la diferencia electoral. Más allá de las estadísticas, encarna una paradoja: el activista inmóvil. De espaldas a los suyos, tiene expresión inerte. La vida, que alguna vez estuvo por delante, ha quedado atrás.

Las luces del fondo, las cabelleras rubias, los vestidos, señalan que en ese sitio la prosperidad formaba parte de la propaganda. Él ya no pertenece a ese entorno. Se dio de baja. No buscó una silla o un sofá; prefirió desplomarse, reafirmando una milenaria tradición metafísica: la moral puede estar por los suelos.

Las imágenes de la derrota congelan el tiempo en su peor momento. Aunque se incorpore, ese hombre será el que se vino abajo. Sentado donde nadie se sienta, abdicará por siempre, renunciando al proselitismo de estar vivo. El mundo, los otros, la política, las causas, los latidos del corazón han quedado a sus espaldas. Cuando se ponga de pie, no habrá quien lo retrate. ≡



Una votante demócrata paladea los restos de la fiesta de la victoria en Chicago.

¿ADÓNDE VAS, AMÉRICA?

RICARDO MIR DE FRANCIA

Me acuerdo de aquellas palabras de Michelle: «Por primera vez en mi vida adulta me siento orgullosa de ser americana». Qué bruta, como se atrevió a decir aquello. Ni yo me atrevería a decirlo, por más que a veces me cueste entender dónde encajamos. El abuelo Leroy siempre lo decía: 'Este país nos quiere para limpiarle la mierda a los blancos y morir en sus guerras'. Pero no sé que pensar. Hoy tenemos un presidente negro, ¿no es cierto? El victimismo, como él dice, no sirve de nada. Y ya no aguanto a esas reinonas que están todo el día quejándose sin hacer nada ni el rollo ese de la actitud de gángster. A mí nadie me ha regalado nada.

El discurso del presidente ha estado bien, pero lo he visto un poco cansado. Le han dado muchos palos estos años. Pero hemos vuelto a ganar. Como decía el Dr. King, el arco moral del universo es largo pero se dobla hacia la justicia. Espero que esta vez le dejen hacer. No se dan cuenta de que todos vamos juntos en este barco y si no remamos en la misma dirección nos hundiremos. Yo sigo creyendo en él, aunque no sea lo mismo que hace cuatro años.

Ahora que se ha acabado la campaña, no sé que voy a hacer conmigo misma. Echaré de menos a Sandy, a Jackson, al Dude... y a Lindsey, claro. Ellos han sido como mi segunda familia todos estos meses. Y me está pasando como la otra vez. Estoy agotada, tenía ganas de que esto se acabara, pero ahora que hemos ganado se me queda esta sensación de vacío, como un vacío cósmico. No sé, quizá vuelva a estudiar por las tardes. ≡

14 IMPACTOS DEL TRIUNFO DE OBAMA

EFE / DAI KUROKAWA

MAMA SARAH

JORDI PUNTÍ

Puede que algunos no lo supieran, pero los ciudadanos que el pasado martes votaron por Barack Obama, también estaban votando por esta señora risueña y feliz que al día siguiente celebraba la elección con sus vecinos. Mama Sarah tiene 90 años y es la abuelastra del presidente. Vive en Kogelo, una ciudad con las calles de tierra cercana a la capital de Kenia. Es la tercera esposa de Hussein Onyango Obama, el abuelo paterno fallecido en 1979. Aunque no sea sangre de su sangre, Mama Sarah es importante en esta historia de éxito porque representa el vínculo genético con África, la negritud, las raíces, la aventura de la inmigración.

Los orígenes familiares de Obama son complejos y poco previsible para lo que es la típica familia norteamericana, por eso a menudo sus detractores han utilizado su biografía para crear sombras. Mama Sarah es de religión musulmana, por ejemplo, y unos días antes de las elecciones había dicho que rezaría para que Obama volviera a ganar. Desde un rincón de Kenia, con sus palabras y cánticos de celebración, con ese nieto que la ha hecho popular en su país, Mama Sarah también es una pieza más en el fenómeno global que supone Obama. Su victoria se celebró en todo el mundo con una sensación de alivio, como si el héroe de la película hubiera evitado el desastre en el último segundo. Ahora le toca reconstruir esa esperanza que refleja el rostro de su abuela. ≡



Sarah Obama ríe junto a unos familiares en Kogelo (Kenia) tras conocer el triunfo de su nieto.

REUTERS / YURIKO NAKAO

AFP / ROBERTO SCHMIDT



Lectura de las portadas del triunfo de Obama en Tokio.

EL MAYOR ESPECTÁCULO DEL MUNDO

CARLOS ELORDI

Los norteamericanos saben hacer dos cosas mejor que nadie: vender y fabricar espectáculos. Por algo en su tierra nació la publicidad moderna, el marketing y el show business. Pero, además, esas actividades han marcado su carácter nacional. Y también figuran, junto a su poderío económico y militar, en su tarjeta de presentación ante el resto del mundo. Las elecciones presidenciales son el momento estelar de todo eso.

La batalla política queda en buena parte subsumida por una larga sucesión, planificada hasta el último detalle, de sketches, gags, dramas y momentos de felicidad y, sobre todo, mucho suspense. Como en el cine y en la tele. Hay quien cree que eso no es democracia. Por-

que solo quien dispone de los muchos dólares que cuesta puede estar en la carrera. Sea como sea, atrae sin remedio al más pintado, aunque no pocos lo pongan luego a caer de un burro. Dentro y fuera de Estados Unidos. Durante días es el gran asunto de los medios de comunicación de todo el mundo. Es lo que hay que seguir, se entienda o no.

La imagen de estos ciudadanos asiáticos afanados en sus diarios no está fuera de contexto: este martes, dos vecinas mías, de esas a las que la política les interesa poco, comentaban entusiasmadas sobre quien iba a ganar, si Obama o Romney. No les pregunté si es que creían que algo en sus vidas cambiaría según quien lo hiciera: no habrían sabido qué decirme. Seguramente tampoco los japoneses de la foto. Pero el show atrapó a unas y a otros. ≡



Retirada del recortable de Romney tras la fiesta de la Embajada de EEUU en Delhi.

14 IMPACTOS DEL TRIUNFO DE OBAMA



AP PHOTO / SETH WENIG

Recuento de votos con escáner óptico en un Staten Island (Nueva York) sin luz.



AFP / STAN HONDA

El beso gélido de los Romney tras conocer la derrota.

HEROÍNAS POR UN DÍA

NACHO CORREDOR

No sabemos nada de la vida de estas tres trabajadoras americanas que tras el paso de *Sandy* intentan restablecer el sistema de voto en Nueva York. Pero se intuyen, al menos, dos cosas: compromiso y preocupación. Gracias a personas como ellas, el temporal no consiguió lo que las élites políticas y, sobre todo, económicas podrían conseguir más pronto que tarde: dejarlo todo patas arriba. Ni el frío, ni la oscuridad del ambiente evitan que Eva, de la que tampoco conocemos nada sobre sus condiciones laborales, con polar y linterna en mano, ilumine eso que los cursis dirían que es la esencia de la democracia. Tienen razón.

La esencia de la democracia, diría otro cur-

si con razón, también es la cara de Carol, la mujer de la derecha. Su preocupación, quién sabe si porque en unas horas podría ganar alguien que se cargara el ya de por sí limitado sistema de salud público; quién sabe si porque su jefe podría amonestarla en cualquier momento si no se da más prisa; quién sabe si por compromiso; o quién sabe si por las tres cosas; es la misma que la de millones de familias que no tuvieron en mente ese día la cara de Obama aunque su suerte dependa en parte de personas como él.

Tres mujeres anónimas y heroínas por un día. En unas horas olvidaremos sus caras, pero ellas, como la mujer de la biblioteca, el maestro de su colegio, el cocinero del restaurante y la médica que le atiende, seguirán dando sentido a victorias como las del pasado martes. Sin ellos, y sin su compromiso, nada tendría sentido. ≡

EL BESO DEL NÁUFRAGO

EMMA RIVEROLA

La derrota es áspera. Saco de arpilleras que irrita la piel. Un agujijón para el alma. Una espina en el horizonte. No hay caricias, ni sonrisas, ni húmeda calidez en el fracaso. Las ilusiones mueren en una orilla seca y cansada. Ahí, en el naufragio, quedan desparramadas y quebradas las ambiciones que antepusieron los balances a la ideología, los privilegios a la igualdad, las palabras sagradas a la verdad de las calles. Entre las comisuras severas de los labios quedan atragantadas las promesas que quizá nunca se hubieran cumplido, mientras la gloria soñada se escapa en el aire.

Un beso que es lágrima, grito y reproche. ¿Dónde fallé? Él se culpa o se erige en víctima

de la incompreensión, mientras el desconcierto congela su expresión y trata de encontrar en su pasado, quizá en sus días de misionero en Francia, la fortaleza para no quebrarse ahí, frente al mundo entero. Y se dirige a ella. La busca. La invade. Sin emoción, pero con contundencia. ¿Dónde fallamos?, la interpela. Porque este beso también es una cadena. Un eslabón más de una vida compartida. ¿Recuerdas el compromiso, Ann? Las bodas mormonas sellan la unión de la pareja para toda la eternidad. Más allá de la muerte. También allí irá este fracaso que ya es de los dos. Aunque tú, con la mirada un tanto perpleja y distante, pareces temer que te alcance la pérdida. Y tratas de escapar de su presencia hundida. Como si al contemplar el trágico rostro de la derrota temieras convertirte, tú también, en estatua de sal. ≡

EN LA PANERA DE AMÉRICA

ALBERT GUASCH

La mano de la foto estampa su firma antes de depositar el voto. Es una mano de Wellsville, una localidad rural de Kansas. El 63% del condado al que pertenece Wellsville votó por Romney. Podemos deducir, pues, que esa mano, que parece blanca, se estrechó a través del sufragio con la mano del candidato republicano. Un encaje natural. Blanco con blanco. Así ha sido toda la vida en Kansas. Así ha sido toda la vida en EEUU. Pero Kansas ya no es representativo de los Estados Unidos del siglo XXI. Lo pudo ser en los años 50, cuando aportó al país a Dwight Eisenhower, popular presidente de dos mandatos. Ya no. Sigue siendo el centro geográfico de la nación. Sigue siendo la panera de América, porque aún es el estado que más trigo produce. Todo esto no cambia. Sin embargo, los latidos políticos del país se auscultan ahora en otras zonas racialmente más diversas. Poco a poco, EEUU pierde blancura. Es un proceso demográfico sin marcha atrás. Y ya no basta, para ser presidente, con escuchar a los granjeros blancos de Kansas, a los pastores protestantes de Arkansas, a los magnates judíos del juego de Nevada. Ahora hace falta convencer al camarero de origen portorriqueño de Florida, al ingeniero de raíces coreanas de Virginia, al abogado negro de Pensilvania. El mensaje, como la sociedad, se hace complejo. No es un trabajo fácil aspirar a la Casa Blanca. Eisenhower ya avisó: «Cualquiera que quiera ser presidente, o bien es un ególatra o es un loco». ≡



AP / CHARLIE RIEDEL

Un votante firma una papeleta en un colegio de la rural Wellsville, en Pensilvania.

EL FUTURO EN SUS MANOS

IDOYA NOAIN

Posiblemente pasa de los 65, como 40 millones de norteamericanos más. Él es ese Estados Unidos que envejece, ese país en el que el porcentaje de mayores crece más rápido que el de jóvenes.

Él es también ese Estados Unidos blanco que mengua cada vez más, salpicado por los colores y los rasgos de otras razas, de descendientes de esclavos e indígenas que hoy poco a poco reconquistan lo que a sus ancestros les fue arrebatado o impuesto.

El dueño de estas manos es hombre, género masculino cada vez más singular. Estados Unidos: 53% femenino plural.

La chaqueta de domingo para un martes, votar como un acto ritual. Una mano aguantando a la otra, firme, formal. Entre los dedos, la democracia reducida, resumida, consumida, ¿consumada?, en un trozo de papel.

Esas manos han acariciado el tiempo pasado. Eran tiernas y tersas, no arrugadas y venosas, cuando Tom Joad era real; la carne y los huesos que el Boss cantarí 15 años antes de que llegara esa Gran Recesión tan parecida a la Gran Depresión. *No home, no job, no peace, no rest.* Sin hogar, sin trabajo, sin paz, sin descanso.

Esas manos hacen el presente, ese día de hoy al borde de un precipicio tan fiscal como moral. ¿Gastar en Defensa o en la red social? ¿Recortar o estimular?

En esas manos está el futuro. ≡